

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5,50
Año.....	10

PROVINCIAS

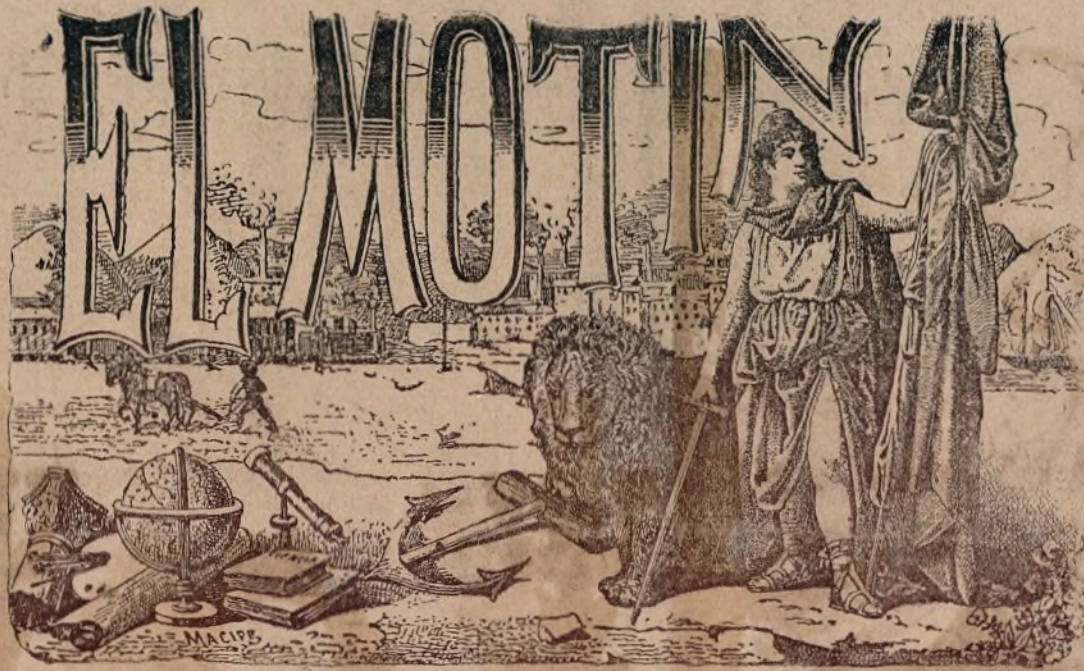
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.



PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

FIGURAS ÉPICAS

Era la tarde del 11 de Febrero de 1873.

El pueblo español, representado en Cortes, aceptaba la dimisión del rey D. Amadeo de Saboya y, en uso de su indiscutible soberanía, proclamaba la República.

Cuatro hombres, cada uno de los cuales equivalía a una institución por sus antecedentes, sus talentos y sus levantados propósitos, se encargaron de demostrar que el pueblo no se había engañado al esperar su redención moral y material de aquella forma de Gobierno. Aquellos hombres eran Figueras, Castelar, Pi Margall y Salmerón.

Y vióse a España, libre y próspera bajo su mando, escribir en leyes sabias y justas el Código inmortal de la democracia, gozar de paz en el interior y respeto en el exterior, y buscar en el trabajo el bienestar que antes pedía a los empleos públicos alcanzados por el soborno ó la intriga, ó al agio disfrazado con nombres pomposos.

No podía suceder otra cosa siendo el primero de aquellos hombres profundo diplomático, grandísimo orador el segundo, notabilísimo hacendista el tercero, y uniendo el cuarto la energía de Danton a una severidad catoniana.

Todos los sueños de dicha y prosperidad halagados por la nación durante los sangrientos y ominosos reinados de Fernando VII é Isabel II se realizaban merced á la poderosa é incesante iniciativa de aquellos hombres excepcionales que, atentos al bien público, ni sentían esas emulaciones que engendran odios ni esos exclusivismos de escuela que provocan intransigencias.

Dos años más de gobierno así, y España hubiera sido la primera nación del mundo; de tal modo y con tal acierto y valentía se abordaban los problemas políticos y administrativos que preocupaban y aun siguen preocupando á todas las naciones.

Eterno parecía este estado de cosas, cuando la reacción, desesperada de que su reinado hubiese concluido, sedujo á un soldado oscuro para que allanase el templo de las leyes, donde el Gobierno y los representantes del país estaban congregados la madrugada del 3 de Enero de 1874; y así lo verificó.

Gobernaba por aquel entonces Castelar, presidía el Congreso Salmerón y se dedicaba Pi á la grandiosa tarea de traducir en leyes sus trascendentales proyectos rentísticos (y no hablo de Figueras, porque una desgracia lo tenía alejado de la política activa); circunstancias que no tuvieron en cuenta los reaccionarios al poner en ejecución su criminal proyecto.

¿Cómo si no se hubieran atrevido á levantar bandera de traición, teniendo que habérselas con hombres del entusiasmo de Castelar, de la fortaleza de Salmerón y de la serenidad de Pi? ¿Es que creyeron que, faltos de valor y de convicciones, iban á entregar como mujeres lo que tenían la obligación de defender como hombres? ¿O que, apreciando en más su vida que el cumplimiento del deber más rudimentario, correrían asustados al primer disparo de fusil que hicieran los rebeldes?

Por no pensar en nada de esto, se atrevieron los reaccionarios á realizar el hecho más sangriento, pero á la vez más glorioso que registran los anales de pueblo alguno; la catástrofe más tremenda de la historia por la calidad de las víctimas, pero también la más grande por la enseñanza y el ejemplo que dejó. ¡Maldición sobre los que llevaron á cabo la hecatombe; pero á la vez honra y admiración imperecederas para los que sellaron con su sangre la fe jurada y el convencimiento adquirido!

No bien Salmerón, presidente del Congreso, se enteró de que á las puertas del santuario de las leyes rugía la deslealtad, cuando se levantó de su asiento con la admirable majestad del hombre fuerte en su derecho, y con varonil apostura, relampagueando en sus hermosos ojos la indignación, alzó el brazo derecho sobre su altiva cabeza, y con voz de que sólo puede dar idea el rugido del león al ser atacado, prorumpió en estas palabras:

«Señores representantes del pueblo: la rebelión pro-

fana este recinto. Imitemos á los romanos y á los franceses en ocasión parecida, y muramos dignamente en nuestros puestos».

«¡Sí! Antes la muerte que la deshonra!», añadió con su irresistible voz tribunicia Castelar.

«¡Seamos los numantinos de la República!» prorumpió grave y solemnemente Pi.

Y los representantes, electrizados por aquellas frases sublimes, levantáronse nerviosamente de sus asientos, extendieron los brazos, juraron hacerse dignos de los tres prohombres y volvieron á sentarse con la calma imponente que inspira la idea del sacrificio á los caracteres varoniles.

¡La epopeya no tiene heroísmos que cantar más grandes que aquella!

Cuando los soldados hollaron con su planta el salón de sesiones, ni un solo diputado volvió la cabeza: la serena actitud de su valeroso presidente les indicaba cuál debía ser la suya. Vacilaron ante aquel espectáculo los insurrectos, y hubieran retrocedido á no dar en aquel mismo instante el que los mandaba la voz de: ¡Fuego!

Una descarga cerrada contestó á esta voz infame, y varios diputados inclinaron para siempre la cabeza sobre el pecho. Pi recibió un balazo en la suya, llevándose al morir la resolución de todos los problemas sociales.

Indignados ante tan cobarde agresión, sin más armas que sus brazos y al grito de: ¡viva la República!, varios diputados se abalanzaron á los asesinos, logrando desarmar á algunos. Entonces su jefe, ciego de ira, mandóles cargar á la bayoneta, y no hay palabras para pintar la horrible escena que siguió.

El arma terrible que dió celebridad á nuestra infantería en la campaña de Africa se hundía en el pecho de los elegidos del pueblo sin arrancarle un grito de dolor. Al caer Castelar herido en el vientre, lanzó este profético apóstrofe: «¡Mi sangre ahogará la Monarquía que hoy se funda!»

A todo esto el presidente permanecía tranquilo en su asiento, cual si fuere extraño á los horrores que presenciaba. ¡Parecía que en él habían encarnado las almas de todos los grandes hombres inmolados por la injusticia! No, no se habían engañado los que desde el comienzo de su vida pública lo calificaron de varón justo y varón fuerte.

Con los brazos cruzados, la mirada serena, y sin contraerse un solo músculo de su noble rostro, vió avanzar hacia él un grupo de soldados. Cuando llegaron á distancia de poder herirle, alzóse arrogante, separó los brazos y presentó el pecho á las bayonetas, pronunciando el: ¡viva la República! más solemne que ha llegado á oídos humanos, al mismo tiempo que la soldadesca despedazaba furiosa su indomable corazón.

Ella, la República, cayó aquella noche, pero no murió ni morirá jamás. Los nombres de las tres víctimas más preclaras, Castelar, Pi y Salmerón, forman unidos el estandarte sagrado que ha de conducirnos en día no lejano á la victoria; y la sangre que vertieron, ahoga poco á poco, como dijo al morir el ilustre tribuno, á la Monarquía.

Honremos en este día, aniversario de la proclamación de la República, á los tres hombres inmortales que nos trazaron con su sacrificio la senda del deber, y que, al morir, se ahorraron el dolor y la vergüenza de ver las divisiones que desgarran hoy á los que se dicen jefes del partido republicano, las complacencias que tienen con el poder creado sobre las bayonetas del 3 de Enero y las cobardías inconcebibles de que dan muestra.

Y si al ver las miserias, las veleidades y las apostasías del presente, sentimos enflaquecer nuestro ánimo y que el desaliento nos estruja entre sus férreas manos, pensemos en aquellos tres héroes de nuestra redención, en aquel severo Pi, en aquel legendario Castelar y en aquel valiente Salmerón, y exclamemos con orgullo:

«Causa que tuvo aquellos hombres tan grandes, no puede perecer por que hoy los tenga tan pequeños».

11 de Febrero de 1888.

MATANZA EN RIOTINTO

Aun nos parece escuchar los gritos de indignación que, confundidos con los del país en masa, lanzaban los gobernantes de hoy ante aquellos cobardes ojos llevados á cabo por los conservadores contra los estudiantes; ante aquellos asesinatos de ciudadanos pacíficos, perpetrados con motivo del cierre de tiendas.

¿Quién hubiera podido creer entonces que los irritados censores del atropello y la matanza llegarían á exceder á los conservadores en crueldad y cobardía?

El mismo Villaverde se avergonzaría de haber provocado sucesos como el de Riotinto, debidos al Gobierno del liberal Sagasta.

No puede darse mayor imprevisión, más inculcable apatía para evitar un conflicto, ni más injusticia y ferocidad al pretender resolverlo que las demostradas por las autoridades fusionistas en el que ha surgido por la cuestión de los humos en la provincia de Huelva.

Un día y otro día los habitantes de aquella región minera clamaban contra las calcinaciones al aire libre que llevaban la muerte á los hogares y la esterilidad á los campos; pero eran desoídas sus quejas, teniendo en más los intereses de una compañía extranjera que los de muchos miles de familias españolas.

Algunos alcaldes prohibieron, en uso de su derecho — derecho reconocido por el Gobierno, — la quema de las teleras en sus términos municipales; pero estos acuerdos fueron revocados por el gobernador de la provincia, y siguieron los humos infestando la atmósfera y haciendo cada vez más angustiosa la vida de aquellos pueblos.

Pues bien; cuando éstos y los trabajadores de las minas se juntan para pedir en respetuosa y pacífica manifestación que se busque el medio de mejorar su situación tristísima, son recibidos como salteadores y obtienen por respuesta descargas á quema-ropa.

En nombre del orden, de ese orden convertido siempre por los monárquicos en escudo del desafuero, pantalla de arbitrariedad y tapadera de la tropelía; en nombre de ese orden que proclaman, hermanado por ellos con la libertad, estos fusionistas más sanguinarios que los conservadores siembran la muerte en un pueblo que le rinde culto, hasta el punto de acudir á la manifestación, según refieren cartas fidedignas de la localidad, no llevando más armas que un bastón para apoyarse, y esto, el que iba andando y, por sus circunstancias de vejez ó padecimientos, lo necesitaba, pues todos los demás los dejaron en el término de las minas de Riotinto, no queriendo dar ni el más leve pretexto á la sospecha, por insignificante que fuere, de que su actitud era hostil.

A esa multitud, en la que figuraban mujeres y niños, á esa aglomeración de seres indefensos que suplicaba como merced su derecho á la vida, se la disueltó á tiros sin las previas instrucciones que prescribe la ley, y donde no había siquiera lugar para la reprensión, se emplea el asesinato como medida salvadora.

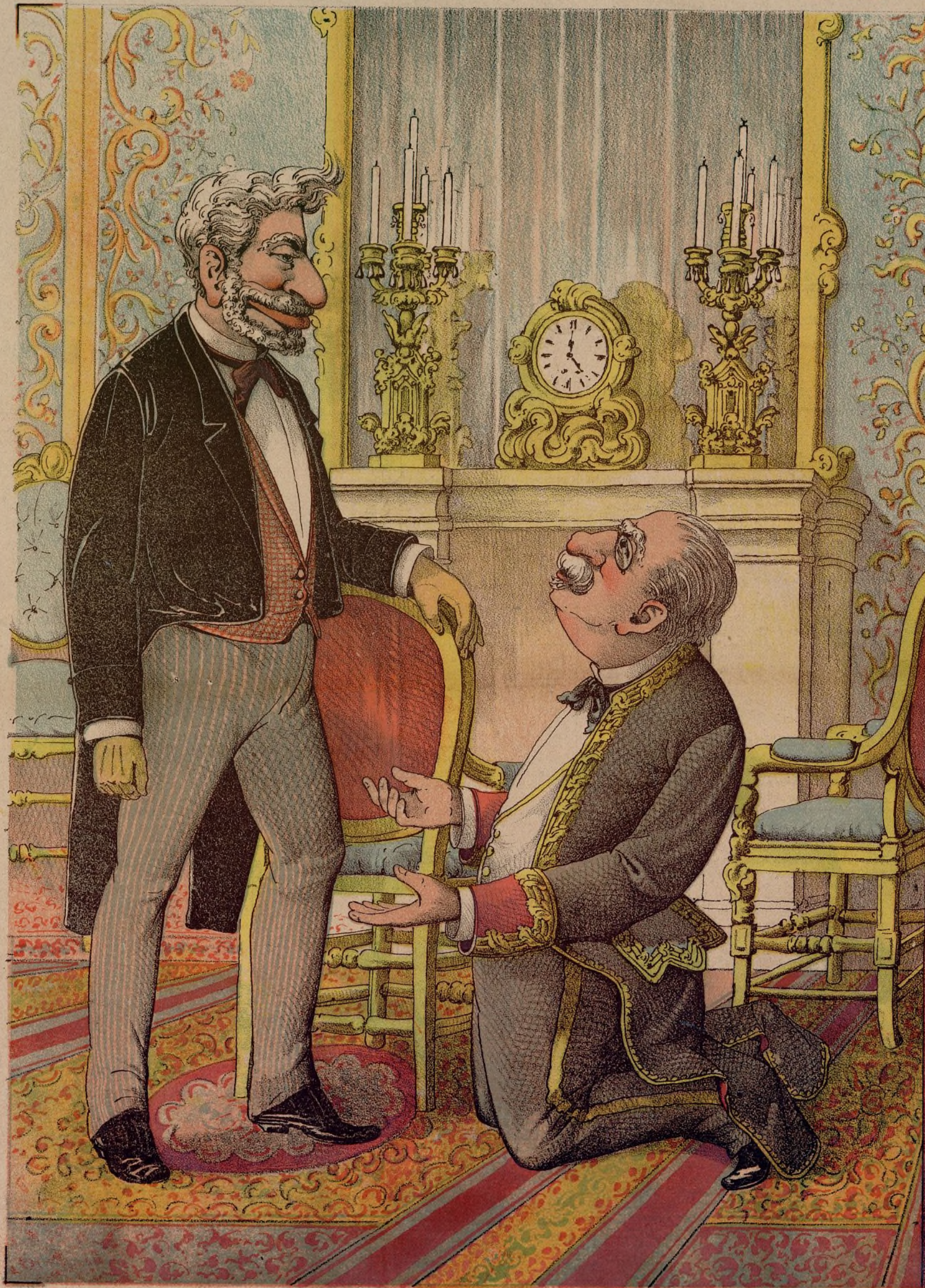
Los detalles son horribles. Cincuenta muertos, entre ellos una mujer con su niño de pecho y dos ó tres niñas de cuatro á cinco años, y un número de heridos que pasa de doscientos, y todos por la espalda, lo que prueba que huían sin oponer resistencia, pagaron en Riotinto la insolente pretensión de querer conservar la vida á costa del menor lucro de una empresa minera.

Pero ¿qué honor para las víctimas! Su sacrificio no será estéril; ya un valiente colega sevillano, *El Baluarte*, procura una indemnización espléndida é inmediata... para los verdugos.

Y esta es la política liberal y patriótica de la chusma fusionista á quien Castelar da su apoyo; y estos vergantes discípulos de Villaverde y Oliver los puntales de esa Monarquía que, según el mismo tribuno, es el ideal de la actual generación y la ventura de la patria.

Frente á ellos, frente á esa turba de tráfugas y apóstatas que componen el partido gobernante, se levantará siempre el vapor de la sangre vertida en Riotinto por encima del humo de las teleras, recordándoles que vale

EL MOTIN



Ayer.



Hoy.

Ayuntamiento de Madrid

más la vida de un ciudadano español que el cobre y aun el oro de los ingleses; y que, para quien esto olvida, todos los hombres honrados tienen el justificado y valiente apóstrofe que el insigne Ríos Rosa dirigió á los autores de la dragonada del 10 de Abril y Romero Robledo á los de la matanza de Riotinto.

CAYÓ DE BRUCES

En una de sus sátiras más celebradas, dice el varonil Quevedo contestando á lo de que no á todas las mujeres vencen cuatro reales:

«En Claudio, te responde Mesalina,
Mujer de un grande emperador de Roma,
Que al adulterio la mejor se inclina.
¿Cuándo insolencia tal hubo en Sodoma,
Que en viendo al claro emperador dormido,
Cuyo poder el mundo rige y doma,
La emperatriz, tomando otro vestido,
Se fuese á la caliente mancebía
Con el nombre y el hábito fingido?
Y, en entrando, los pechos descubría,
Y al deleite lascivo se guisaba,
Así que á las demás empobrecía.
El precio infame y vil regateaba,
Hasta que el falta de las hienas brutas
A recoger el cimbalo tocaba.
Todas las celdas y asquerosas grutas
Cerraban antes que ella su aposento,
Siempre con apariencias disolutas.
Hecho había arreprentir á más de ciento
Cuando cansada se iba, que no haría,
Del adulterio y sucio moño infento».

¿Lo oyes, Castelar? ¿Lo oyes?

Hasta Mesalina, mujer más célebre por sus torpezas que por la diadema imperial que á sus sienes ciñó, se disfrazaba y mudaba de hábito para prostituirse. ¿Por qué no has hecho tú lo mismo?

¿Por qué, al revolcarte en el fango político como ella en el lascivo, no has guardado algún respeto á tu gloria, á la admiración que por ti ha sentido esta España que tantas desgracias te debe y á las muchas víctimas que tus predicaciones han causado?

Al verte el martes cantar las excelencias de la Monarquía con el entusiasmo y el cinismo que jamás tuvieron los Martos, los Monteros y otros traidores á la causa del pueblo, surgió en mi memoria el recuerdo de Mesalina y cometí la injusticia de compararte con ella.

Y la cometí, pensando en que, así como ella descubría los pechos, tú descubres la conciencia; y como ella empobrecía á las demás, tú eclipsas el fervor monárquico del más intransigente conservador; y como ella se cansaba mas no se hartaba del deleite lascivo, tú ni te cansas ni te hartas de enlodar las ideas que tanto contribuíste á enaltecer.

Mas como nunca fui injusto á sabiendas y considero injuriosa la comparación, la retiro espontáneamente, por no añadir una pellada de lodo más á las muchas que enbadurnan el rostro de la mujer de Claudio.

Porque no; no puede haber comparación entre la mujer que se enfanga perjudicándose á sí propia, y el hombre que lo hace dejando tras sí un rastro de sangre y lágrimas.

Dejemos, por lo tanto, en paz á Mesalina, y hablemos de ti, su congénere con bigote.

No ya sólo indignación, no ya sólo ira: asco también produce tu discurso en loor de la Monarquía borbónica.

Indignación, ya la he sentido otras veces cuando has renegado de tu historia, escupiendo sobre las tumbas sagradas de los que mandaste á la muerte, más en número que los aplausos que el martes te prodigaron los monárquicos.

Ira, ya la he experimentado al oírte vitorear á los Gobiernos en vísperas del fusilamiento de desgraciados republicanos y zaherir rabiosamente á los que sostienen la bandera revolucionaria.

Pero asco, verdaderamente asco, no lo sentí hasta el martes.

Cuando la mayoría monárquica interrumpió con sus aplausos los párrafos de tu discurso, que más propiamente debería llamarse la oración fúnebre de tu prestigio; cuando el presidente de la Cámara, Martos, gran maestro en traiciones, palmoteaba ébrio de entusiasmo; cuando, al terminar, Sagasta, derramando lágrimas que no habían asomado á sus ojos la tarde anterior al hablar Romero de la hecatombe de Riotinto, se acercó á tí y te abrazó, como todo el Gobierno y muchos diputados; cuando todo esto ví, aparté la cara experimentando el asco mayor que haya sentido jamás hombre alguno.

Y lo experimenté, no ya únicamente por lo que decías, sino por el momento en que lo decías.

Vibraban aún en el salón del Congreso los ecos de los valientes apóstrofes y tremendas acusaciones dirigidas al Gobierno por los horribles asesinatos de Riotinto; la sangre de las víctimas, calientes aún, formaba charcos por no haber tenido la tierra tiempo bastante para empaparla toda; centenares de huérfanos lloraban la muerte de los que no habían cometido más delito que el de querer vivir trabajando en condiciones higiénicas; las madres buscaban transidas de dolor el cadáver de sus hijos; las esposas el de sus esposos; y todo era llanto, luto y desesperación en una comarca española.

Y un momento así fué el que elegiste para cantar las glorias del Gobierno, culpable de la sangrienta catástrofe! Y no enmudecieron tus labios de dolor al pensar en tantos dolores irreparables! Y no se agitó en tu pecho la idea de convertirte en acusador y juez del Gobierno y de la Monarquía!... El que diga que has sentido nunca amor por la humanidad ni que has trabajado por la obra de la justicia, ése miente; ése es un infame calumniador.

Pero ya llevarás tu merecido. ¿Qué digo llevarás? Ya has empezado á llevarlo. Los mismos que te aplaudieron y te besaron el martes, ya el miércoles te concedieron la limosna de su protección, complaciéndose en hacer re-

saltar tus declaraciones, que te apartan para siempre del campo republicano. Y me lo explico: monárquico hubo que escuchó tu discurso sin atreverse á levantar la cabeza, cual si tu traición le alcanzara, cual si temiera que el aliento de asquerosa adulación que despedías fuese bastante poderoso á saturar de vergüenza á todos los que no protestaban de tus palabras. Hasta los conservadores que, por convenir así á su juego, aparentan creer que tu acto va contra la Monarquía, sienten hacia tí la repulsión que inspira todo lo deshonroso.

Pasarás á la historia, sí, pero con el estigma del desprecio; no con el epitafio honrado que sueñas, y que ella guarda para los hombres que no traicionan las causas después de haber hecho derramar sangre por ellas.

LA CARICATURA

Es copia fiel de la vida de los dos grandes partidos monárquicos.

Cuando, como en el Pardo, el miedo se apodera de Cánovas, implora humilde de Sagasta que le ayude recogiendo el poder, y éste lo acepta, disfrazando con la careta del patriotismo el apetito de mando.

Cuando Cánovas, merced á la intriga, está en camino de recobrarlo, se muestra tan altivo como sumiso Sagasta, y despide á éste, que otra vez emplea, para cubrir su derrota, la careta del patriotismo.

Y en esto consiste toda la ciencia política, y en esto emplean su talento y su energía los dos hombres de Estado con que cuenta la Monarquía restaurada.

PALOS Y PEDRADAS

De todos los ataques que han dirigido á Castelar, ninguno tan feroz como el que resulta de esta noticia:

«El distinguido periodista D. Manuel Troyano, redactor en jefe de *El Globo*, se separó anoche de la redacción de este diario y del partido posibilista así que conoció las declaraciones hechas por el señor Castelar en su discurso, declaraciones contrarias á las hechas en un reciente artículo de aquel colega».

Y decimos que ninguno tan feroz, porque conocemos como el que más las condiciones de carácter, talento, lealtad y consecuencia del Sr. Troyano, á quien esta noble decisión honra y enaltece, tanto por lo que representa, como por el momento y la forma en que la ha tomado.

Felicitemos á nuestro querido amigo é ilustrado compañero por la lección de dignidad política que ha dado á los que siguen aún al cómplice del 3 de Enero, no por las doctrinas que sustenta, sino por los medios que á su sombra pueden obtenerse; como felicitaremos al partido republicano á que se afilie, por haber adquirido un hombre, fruta rara en estos tiempos de Castelares, Morret, etc., etc.

De El País:

«Mientras los republicanos diputados fueron revolucionarios, el jefe de los posibilistas se mantuvo feliz y satisfecho en su benevolencia».

Pero en cuanto vió que nuestros antiguos cómplices renegaban de nosotros y afirmaban su política, se alarmó; y, como si hubiese aparecido un competidor, ya se consideró obligado á dar su viva á la Regente, un poco prematuro, pues Martos no se precipitó tanto.

Hablóse luego de preferencias hacia los gobiernos liberales de la Monarquía, y ya D. Emilio Castelar no tuvo hora de reposo: le iban á arrebatrar su destino de gran benévolo; tendría á su lado gentes tan obsequiosas como él, espinazos tan encorvados como el suyo, y sobre todo, aspirantes á aetas tan entusiastas como los suyos.

De aquí esa heroica resolución de pasarse con armas y bagajes».

Cuando Salmerón invadió el terreno de Castelar, lo dijimos: En cuanto el filósofo se benevoló un poco más, el retórico se echó en brazos de la Monarquía. Y así ha ocurrido.

Y no lo recordamos por sentar plaza de profetas, pues á cualquiera se le hubiera ocurrido lo propio conociendo al caballero.

Allá van los nombres de algunos consejeros de ferrocarriles, para que los inocentes pierdan la esperanza de obtener justicia contra las Compañías por perjuicios ni descarrilamientos, aunque sobrevengan muertos ó heridos.

D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Práxedes Mateo Sagasta, El señor marqués de Pidal, D. Francisco Camacho, D. Venancio González, D. Servando Ruiz Gómez, D. Cristino Martos, D. Víctor Balaguer, D. Manuel Becerra, D. José Abascal, D. Fernando León y Castillo, D. Manuel Alonso Martínez, D. Eduardo León y Llerena.

Y lo que decimos de estas Compañías, lo aplicamos á todas las que disponen de mucho dinero que distribuir en sueldos á los personajes políticos importantes.

La Justicia comienza así un artículo titulado A los pies del trono:

«La evolución del gran tribuno de la democracia española, iniciada en la madrugada del 3 de Enero de 1874, ha tenido en la tarde de ayer su término natural, por muchos previsto. El Sr. Castelar ha licenciado sus tropas, plegado su bandera y entregado sus armas en manos de la Monarquía borbónica, restaurada en Sagunto».

Puesto en la pendiente, nada más fácil que rodar al abismo.

Deténgase en su camino el Sr. Salmerón, ya que es tiempo todavía.

De lo contrario, nada más fácil que estrellarse como Castelar.

La bárbara hazaña de Riotinto no ha conseguido satisfacer los instintos sanguinarios de la jauría conservadora.

Después de relatar el número de muertos y heridos, pregunta *La Epoca* al Gobierno qué piensa hacer ante el motín descarado y la rebeldía sin freno.

Pues dar la cartera de Gobernación al Villaverde que manda en Huelva, siguiendo el ejemplo de los conservadores, y mandar á presidio á los mineros que han salido

ilesos de la batida, á ver si de ese modo se evita que *La Epoca* reclame para ellos el patíbulo.

El ministro de Fomento, entre lloroso y compungido, exclamó al oír al canario más sonoro:

«Espectáculos como el de hoy es lo que hace falta á la Monarquía».

Y el de la Gobernación, rodeado de infinidad de ministeriales, declaraba que jamás había sentido emoción tan grande y que nunca pudo imaginarse que Castelar fuera tan lejos.

«Si yo hubiera sabido, dijo el Sr. Albareda, que Castelar iba á decir esas cosas, me hubiera arrodillado ante él».

Quedas juzgado, detractor de todos los republicanos consecuentes y leales.

Preguntas que hace un colega para cuando Castelar escriba la Historia Nacional:

«¿Quién podría escribir mejor la sublevación de Zaragoza, la insurrección de Cádiz, las sangrientas escenas de Málaga, provocadas por él, contra un Gobierno mucho más liberal y democrático que el Gobierno del Sr. Sagasta?»

A lo cual pone *El Resumen* este comentario:

«Eso ya lo tiene escrito. Le basta con reproducir las arengas que dirigía á las muchedumbres para que fuesen á morir á las barricadas».

Como efectivamente iban, mientras él conservaba su preciosa existencia para elogiar á la Monarquía y constituirse en su más firme apoyo.

El Baluarte, de Sevilla, estampa estas graves reflexiones sobre lo de Riotinto:

«Se echan de menos multitud de heridos, cuyos cadáveres no ha sido posible encontrar: acaso ardiendo en las telas sirvan de despojos para fertilizar los campos que esterilizan las mantas de los humos».

En síntesis: lo que pasa en Riotinto son infamias que han costado la vida á muchos infelices con la consoladora perspectiva de una indemnización espléndida é inmediata para los verdugos».

Todo es posible en un país donde continúan en sus puestos el gobernador de la provincia, el ministro de la Gobernación y el Gobierno, después de ese hecho espantoso y execrable.

Al hablar *La República* de los aplausos que los fusionistas prodigan á D. Emilio, dice:

«¿Qué rebajamiento! ¿Qué corrupción del sentido moral! Cuando ya en este país sin ventura se va acentuando la frase *hombres públicos*, dándole la misma significación que á la de *mujeres públicas*, aplaudir actos, vergüenzas como la de Castelar, revela vicios profundos en la política española, revela que hay en ella un fondo de espantosa inmundicia, de esos males que hacen necesarios los cataclismos sociales».

Y más adelante añade:

«La conducta de Castelar no tiene explicación sino llegando á un terreno vedado».

¿Zape!

Dice un periódico que los posibilistas y muchos entusiastas por la democracia se proponen honrar á D. Emilio con algo que se diferencie de cuanto se ha hecho hasta ahora para celebrar los triunfos de los hombres públicos.

En efecto; para celebrar triunfos como el de D. Emilio, debe inventarse algo nuevo.

Como su triunfo es el del impudor político, debe festejarse con una danza de bacantes.

Según cuenta nuestro querido colega *El País*, el señor Muro, ministro por chiripa que fué de la República, arrebatado por el entusiasmo que le produjo la cantata monárquica de D. Emilio, no sólo le abrazó sino que le besó enternecido.

¿Qué falta hacía ahora un Juvenal para describir estas escenas, más propias de la Isla de San Balandrán que del Parlamento español!

Castelar dijo que no podía ser ministro de la Monarquía por haber sido presidente de la República.

¿Tierno escrúpulo! ¿Cómo si no hubiera condenado la pena de muerte para aplicarla luego!

De todos modos, esto es decir á los que le siguen, y que no han sido presidentes de la República:

«Monárquicos en agraz, ¡al Presupuesto!»

Los periódicos monárquicos hacen constar que Castelar es visitado estos días por hombres importantes de diferentes partidos.

Lo mismo le ocurrió á la Trini cuando se cayó del carruaje en la Castellana.

Sagasta alabó á Castelar por su valor al hacer declaraciones en favor de la Monarquía.

En efecto; para hacer lo que ha hecho D. Emilio, se necesita el valor de Friné al mostrarse desnuda ante sus jueces.

Aplaudimos el enérgico discurso de Romero Robledo á propósito de la matanza de Riotinto, y el de Pedregal. Así como á Azcárate por haber apabullado en el Congreso á la Cotorra ensangrentada.

Se ha acordado la clausura del Bazar de las Américas.

Ya no era necesario: bajo la razón social de Sagasta, Castelar y Compañía, existe un Rastro político lleno de desechos de la política y de conciencias en mal uso.

Hay quien no comprende que tenga ayudantes el verdugo.

Nosotros comprendemos menos que haya quien se diga republicano y continúe al lado de la *díva* parlamentaria.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.